

FIESTA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

04 octubre 2018

Gal 6, 14-18

Mt 11, 25-30

La santidad del "poverello" de Asís se caracteriza por un luz intensa y universal, capaz de atraer la atención y el deseo del corazón hacia los aspectos más nobles que nuestra humanidad es capaz de expresar. El saludo que aún hoy sus frailes, esparcidos por todo el mundo, dirigen a cada persona que encuentran – "Paz y bien" – sintetiza una armonía encontrada, con sí mismos, con los otros y con el mundo, que no sólo es posible experimentar sino también transmitir al prójimo. Como ha querido recordar el papa Francisco en su visita a Asís al inicio de su pontificado, esta paz no puede entenderse superficialmente, como una romántica paz interior: "La paz franciscana no es un sentimiento almibarado. Por favor: ¡este san Francisco no existe! Y ni siquiera es una especie de armonía panteísta con las energías del cosmos... Tampoco esto es franciscano, sino una idea que alguno han construido. La paz de San Francisco es la de Cristo, y la encuentra el que «carga» con su «yugo», es decir su mandamiento: Amaos los unos a los otros como yo os he amado (cf. *Jn 13, 34; 15, 12*). Y este yogo no se puede llevar con arrogancia, con presunción, con soberbia, sino sólo se puede llevar con mansedumbre y humildad de corazón (Homilía del Santo Padre Francisco, plaza san Francisco de Asís, 4 octubre 2013).

Por lo demás, el mismo san Francisco podría reaccionar a cualquier lectura reductiva de su experiencia humana y cristiana con las palabras de san Pablo: «Hermanos, es cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz el nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo» (*Gal 6, 14*). El mundo que para el "poverello" de Asís ha sido crucificado es aquella sociedad medieval – tan lejana y, a la vez, tan próxima a la nuestra – en la que ha sabido encarnar con determinación toda la pobreza de Espíritu indicada por el evangelio de Cristo hasta ser "nueva criatura" (*6, 15*). Un camino semejante no ha sido para san Francisco una repentina simplificación del vivir. Como cualquier ser humano que se mide seriamente con "la ardiente y dulce fuerza" de la gracia de Dios, Francisco tuvo que perder muchas batallas con sí mismo antes de llegar a acoger al Señor Jesús como único Señor al que servir y del que aprender el secreto de una vida pobre aunque llena de su natural necesidad, sentirse gratuitamente amados: "Todo me ha sido entregado por mi Padre, u nadie conoce al Hijo más que el Padre, u nadie conoce el Padre sino el Hijo aquel a quien el hijo se lo quiera revelar" (*Mt 11, 27*).

Ninguno puede aceptar vivir la lógica radical de las bienaventuranzas sin haber comprendido antes la palabra de la cruz como absoluta y extrema manifestación del amor de Dios por cada una de sus criaturas. Por otro lado, no se puede experimentar ese amor si no es por medio de una cotidiana e incesante acogida de los propios límites y de los demás, que deja en nuestro cuerpo la firma de una lianza vivida, hasta poder decir sin presumir: "Yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús" (*6, 17*). Francisco ha experimentado que vivir así, asumiendo la realidad como el único lugar en el que poder ser felices y las otros como la única ocasión de amar y de ser amados, transforma el peso de los días en una sostenible ligereza. Con la delicada e irrompible fuerza de los mansos de corazón, el "Poverello" ha encendido en el mundo y entregado a la humanidad la nostalgia de una existencia inspirada en la libertad y en la alegría del evangelio, donde el sueño de la fraternidad no es imposible para aquello que se descubren dispuestos a manifestar con confianza la propia necesidad.

Terminamos esta reflexión con la oración de San Francisco por el mundo: "Tu ruego, pues, Señor mío Jesucristo, Padre de toda misericordia, que no te acuerdes de nuestras ingratitudes, sino ten presente la inagotable clemencia que has manifestado, para que sea siempre lugar y morada de los que de veras te conocen y glorifican tu nombre, bendito y gloriosísimo, por los siglos de los siglos. Amén" (*Espejo de perfeccion, 124; FF, 1824*)

